

JESSICA

SEIS MESES ATRÁS

— ¡Jessica!
Jessica casi había logrado escapar por las magníficas puertas dobles de la casa de Debbie Montgomery-Squires cuando escuchó su nombre. Otra vez.

Acababa de terminar un “replanteo de espacio”. Tres horas dedicadas a organizar con sumo cuidado los gabinetes del baño de su cliente hasta volverlos dignos de Pinterest: todo organizado por color, en contenedores apilables y etiquetados. El resultado era espectacular; todas las amigas de Debbie lo decían. Y el hecho de que todas sus amigas estuvieran ahí para decirlo era la razón por la que Jessica estaba a punto de llegar tarde a la casa de su siguiente cliente a pesar de los quince minutos de margen que siempre incluía en su agenda.

Su primer impulso fue seguir caminando. Nada (¡nada!) irritaba más a Jessica que la impuntualidad. Excepto, quizá, el desorden. Y las personas que hacían las cosas a medias para ahorrar tiempo o

dinero. O aquellas que no respondían a las invitaciones dentro del plazo. Jessica siempre confirmaba su asistencia en cuanto recibía una invitación, ya fuera en mano o por correo electrónico. Luego, anotaba el evento en su agenda, registraba en su aplicación de organización la compra de un regalo (si era necesario) y reservaba un bloque de tiempo para asegurarse de tener un atuendo adecuado. Al menos dos días antes del evento, decidía el transporte apropiado y calculaba el tiempo de llegada (con quince minutos extra para imprevistos).

Jessica había aceptado el trabajo de ese día solo como un favor personal a Tina Valand, una cliente muy querida que había contratado el servicio como regalo de cumpleaños para Debbie y le había rogado que asistiera en persona (en lugar de enviar a alguien de su equipo) porque “Debbie es una amiga muy cercana”.

En esa época, Jessica podía darse el lujo de ser selectiva. Desde hacía unos años, cuando su negocio de organización del hogar despegó, delegaba el trabajo pesado a su equipo y ella se centraba en instalarse como la mayor experta de Australia en organización del hogar, haciendo apariciones en programas como *The Morning Show* y *Better Homes and Gardens* donde daba consejos prácticos para una vida más estructurada.

Cuando Debbie por fin programó su sesión con Jessica, lo hizo el mismo día en que organizaba un café post-Pilates para su grupo. A Jessica no le habría molestado si Debbie no hubiera decidido llevar a cada invitada al baño, una por una, y anunciar: “Jessica es mi genia de la organización del hogar” para que todas le contaran sobre sus problemas de organización.

–No te molesta, ¿verdad, Jessica? –había dicho Debbie.

–Por supuesto que no, señora Montgomery-Squires –respondió Jessica.

Por supuesto que le molestaba. Ahora, Jessica llegaría tarde a su siguiente trabajo.

–¿Jessica? –insistió Debbie, corriendo hasta la puerta.

Jessica suspiró. Esbozó una sonrisa. Se giró.

–Esto es un poco incómodo –dijo Debbie–, pero noté que faltan algunas cosas en el baño. Me siento fatal de tener que mencionarlo...

Debbie no se sentía fatal. Apenas podía contener el entusiasmo. Detrás de ella, en la sala, siete mujeres en ropa deportiva sorbían sus lattes y fingían no escuchar. La octava se inclinaba en su silla y miraba sin disimulo.

–Reorganicé los gabinetes –dijo Jessica, esforzándose por mantener la calma–, lo que significa que todo estará en un lugar un poco distinto. Dejé una guía para que pueda encontrar...

–Lo entiendo –la interrumpió Debbie–, pero revisé con cuidado.

Jessica se preguntó con cuánto cuidado podría haber revisado en los escasos cuatro minutos que habían pasado desde que había salido del baño. También se preguntó si habría alguna manera de retroceder en el tiempo hasta el momento en que había aceptado el trabajo para darse una bofetada.

–¿Puedo preguntar qué falta?

Debbie miró a sus amigas de Pilates y, de repente, pareció menos segura. Bajó la voz y se inclinó un poco más cerca.

–Un envase de Valium.

Jessica se irguió todo lo que su metro y medio de estatura le permitía. Se sentía humillada, además de indignada en nombre de todos los trabajadores de servicio.

–Le aseguro, señora, que no tomé nada de su baño. Pero, si no me cree, estaré encantada de que revise mi bolso.

Sostuvo el bolso, desviando la mirada por encima del hombro, como si no pudiera soportar ver lo que estaba por suceder. Por un momento aterrador, Jessica pensó que Debbie iba a revisarlo. Pero la otra mujer dijo:

–No será necesario.

Tras un tenso silencio, el teléfono de Jessica sonó, lo que las salvó a ambas de una despedida incómoda.

–Bueno –dijo–, si eso es todo, debo irme a mi próxima cita.

Esperó un momento. Cuando Debbie no dijo nada, giró y se alejó con paso firme.

–Ama tu Hogar, servicios de organización –dijo al deslizarse en los asientos de cuero de su nuevo Audi. Si ocurría el milagro de que todos los semáforos estuvieran en verde, aún podría llegar a tiempo. Encendió el auto–. Habla Jessica Lovat.

–¿Señorita Lovat? Mi nombre es...

Hubo una pausa mientras el teléfono se sincronizaba con los parlantes del auto.

–Lo siento –dijo Jessica, incorporándose al tráfico–. No escuché. ¿Quién habla?

–Soy la detective Ashleigh Patel.

No, quiso gritar Jessica. *No, no, no.*

Solo había una razón por la que los detectives la contactaban. Norah.

Pero Jessica no tenía tiempo para eso. ¡Ya había agotado su margen de quince minutos!

–¿En qué puedo ayudarla, detective? –preguntó Jessica.

La última vez que la policía la había llamado, su hermana había agredido a un menor.

Tras investigar, Jessica descubrió que el “menor” era un chico de quince años al que Norah había golpeado con un palo de escoba porque lo encontró espiándola por la ventana mientras se vestía una mañana. Aun así, no era la primera agresión de Norah, y sus motivos no siempre eran tan razonables. El tribunal le había impuesto una orden de corrección comunitaria; si reincidía en el plazo de un año, la sentencia sería mucho peor.

–Es hora de romper con este patrón de conducta –le había dicho el juez a Norah–. Si la vuelvo a ver en esta sala, será para decidir cuántos años pasará en prisión.

–¿Escuchaste eso, Norah? –le había gritado Jessica de camino a casa–. ¡La próxima vez irás a la cárcel! En el mundo real, no puedes recurrir a la violencia para lidiar con tus emociones.

–¿Y cómo lidias con las emociones en el mundo real? –había preguntado Norah.

–Las entierras –respondió Jessica–. Bien profundo.

Era una filosofía que Jessica siempre había seguido. Pero un par de semanas atrás, se había encontrado con un artículo que afirmaba que reprimir emociones tóxicas podía causar cáncer. De inmediato concluyó que debía estar plagada de cáncer porque nadie reprimía más sus emociones tóxicas que ella. La idea de que su sufrimiento se manifestara en forma física le había resultado extrañamente atractiva. Había comenzado a imaginarse a sí misma observando su interior, admirando las secuelas.

Le diría al tumor que envolvía su brazo: “Tú fuiste causado por la vez cuatro mil quinientos sesenta y siete que tuve que rescatar a

Norah de la cárcel”. Y a las masas en sus ovarios les diría: “Ustedes son el producto de todas las veces que tuve que preocuparme por Alicia”. Y a los tumores dispersos por su páncreas como confeti les diría: “Ustedes son el resultado de mi infancia”.

Casi sintió decepción cuando el médico le dio un certificado de buena salud. Tanto enojo reprimido... y ni una manifestación física. Llevaba reprimiendo su enojo al respecto desde entonces.

–Espero no estar llamando en un mal momento –dijo la detective. Sonaba joven, amable y educada, lo cual no era poco.

–Tengo unos minutos –respondió Jessica mientras activaba el indicador para cambiar de carril–. ¿En qué puedo ayudarla?

Un conductor principiante se metió delante de Jessica, y ella tuvo que frenar de golpe para no chocarlo. La madre levantó la mano en señal de disculpa, y Jessica le devolvió el gesto, reprimiendo su enojo una vez más.

–Es un tema delicado, a decir verdad –continuó la detective–. Si está conduciendo, tal vez sería una buena idea que se detuviera.

–No estoy conduciendo –mintió Jessica. Le quedaban diecisiete minutos para llegar a su destino, sin margen para imprevistos. Podía escuchar y conducir al mismo tiempo.

–Bien. La llamo para pedirle ayuda con una investigación en la que estoy trabajando.

Jessica frunció el ceño. Una investigación. ¿Quizás sería como aquella vez que la llamaron para ser jurado? Estaban juzgando a un hombre por estrangular a su esposa frente a sus tres hijos pequeños. Por supuesto, Jessica fue seleccionada. Una mujer de treinta y tantos, pequeña, ordenada, de ojos color café honestos, con una moral intachable y zapatos *nude* de buen gusto... había nacido para el papel.

Tal vez el juez le había dado su nombre a la detective.

—¿Qué está investigando?

—Tengo entendido que vivió en la granja Wild Meadows cuando era un hogar de acogida en los años noventa.

Jessica pisó el freno de golpe. Un coro de bocinas sonó detrás de ella.

De pronto, entendió por qué la detective le había preguntado si estaba conduciendo.

—¿Se encuentra bien?

—Sí —chilló Jessica. Se orilló en la carretera, sintiéndose extrañamente alejada de su cuerpo.

—Quizás ya lo haya escuchado, pero Wild Meadows fue demolida hace poco tiempo para construir un McDonald's.

Jessica lo sabía. Aunque ahora vivía en el centro de Melbourne, a dos horas en auto —y en otro mundo— del pueblo donde creció, su meticulosa organización en todos los aspectos de su vida le permitía mantenerse al tanto de todo lo que necesitaba saber... y también de muchas cosas que no. De hecho, era muy posible que tuviera mejor idea de lo que pasaba en Port Agatha que la mayoría de los lugareños.

—Bueno —continuó la detective—, los excavadores tuvieron que cavar bastante hondo para hacer espacio para el estacionamiento y... encontraron algo.

Jessica sintió náuseas. Había escuchado sobre momentos como este. Un minuto estás viviendo tu vida, atrapada en los pequeños y triviales problemas cotidianos, y al siguiente, te golpea de lleno una crisis.

Comenzó a hurgar en su bolso.

—Me temo que lo que tengo que decirle es bastante perturbador —decía la detective—. No hay una forma delicada de decirlo...

Los dedos de Jessica encontraron el envase de pastillas que había escondido en el bolsillo secreto de su bolso. Con dos pastillas de Valium en la mano, buscó su botella de agua. “*Gracias a Dios por la señora Montgomery-Squires*”, pensó.

—¿Qué encontraron? —preguntó a la detective.